

El hecho de que Grelier hubiese podido insertar semejante aviso en el *Diario Oficial* indica el estado de anarquía en que este servicio había caído como todos los demás. Fuese cual fuere el director del órgano del gobierno, todo el mundo escribía en él: Clement excitaba a la guerra social; Vaillant provocaba al regicidio; autores anónimos combatían actos de la Commune; numerosos manifiestos de toda clase y de toda procedencia eran insertados sin fiscalización alguna.

La desorganización en ninguna parte fué tan potente y funesta como en las administraciones de la Guerra y de la Justicia.

En 29 de marzo, la Commune se halla en presencia de un general en jefe nominal, Garibaldi, y de cuatro «generales» efectivos, Brunel, Eudes, Bergeret y Duval. El verdadero ministro de la Guerra, ministro de ejecución y de administración, era el comité central: la Commune creyó que iba a anularlo nombrando una comisión militar. Pero ésta, en realidad, no quitó al comité central ni un átomo de su poder militar, puesto que, en 30 de marzo, acordó una elección general para completar los cuadros y proclamó que los guardias nacionales tenían el derecho de destituir a sus jefes, cuando éstos habían perdido la confianza de los que les habían nombrado. De acuerdo sin duda con el comité central, la comisión militar suprimió el título y las funciones de general en jefe que ejercía interinamente Brunel, el único que había servido en el ejército como subteniente de caballería, y delegó a Eudes en el ministerio de la Guerra, a Bergeret en el estado mayor de la guardia nacional, y a Duval en el mando militar de la ex prefectura de policía. Dos días después Cluseret era delegado en el ministerio de la Guerra, juntamente con Eudes, y solo, al día siguiente 3 de abril.

En 6 de abril, el grado de general fué suprimido, y Dombrowski fué nombrado comandante de la plaza de París, en substitución de Bergeret, por la comisión ejecutiva. El día 12, Cluseret fijó el sueldo del grado de general suprimido seis días antes; el 28, suprimió la intendencia general, que reemplazó por ocho inspectores y una comisión interventora; el 30, él fué destituido, preso y reemplazado por Rossel. Esta gran decisión había sido tomada por la comisión ejecutiva.

En 8 de mayo, la Commune decreta que la comisión de la Guerra reglamentará las relaciones del comité central con la Guerra. Esta hará los nombramientos propuestos por el comité. El mismo día, Moreau, el miembro más influyente del comité central es nombrado comisario civil de la Commune cerca del delegado en el ministerio de la Guerra, y al día siguiente Rossel, estorbado, contrarrestado por la Commune y por el comité central que quería confiarle la dictadura, presenta su dimisión y pide un calabozo en la cárcel de Mazas. La Commune lo reemplaza por Delescluze, que toma el título de delegado civil en el ministerio de la Guerra, administra con la comisión militar reforzada con dos miembros y deja dirigir las operaciones defensivas por Henry, a quien nombra jefe de estado mayor, a los generales por agregados o delegados civiles (Dereure, Johannart y Meillet) y la intendencia por Moreau. Cuatro días antes de la entrada de los versalleses en París, los oficiales del estado mayor de la guardia nacional banquetean con mujeres de mala vida en el restaurant Peters; el

ciudadano Jansoulé es autorizado para organizar un cuerpo franco; el sueldo de la guardia nacional da lugar a escandalosos abusos; el comité central, desmintiendo una vez más toda disidencia con la Commune, declara, en 19 de mayo, que toma posesión de la administración de la Guerra, y Delescluze, arrollado, redacta, en la noche del 21, sobre la mesa del mariscal Lebceuf, su última proclama: «¡Basta de militarismo!» de una desolada ironía.

La justicia fué poco administrada, tí odiosamente falseada, durante la Commune. No es que faltasen jurisdicciones. Sin hablar de Protot, que desde un principio estuvo encargado de despachar los procesos civiles y criminales y nombró presidente del tribunal civil al ciudadano Woncken, numerosos jueces de paz, tribunales de todo orden y justicieros de toda calaña fueron instituidos o se instituyeron a sí mismos.

El comité central había pretendido hacer comparecer ante sí a los individuos convictos de corrupción o de tentativa de corrupción y hacerlos pasar por las armas, lo mismo que a los antiguos gendarmes y municipales acusados de haber hecho fuego sobre las líneas prusianas. En 11 de abril, Cluseret había autorizado a cada compañía, batallón o región para ejercer su propia policía y mandar ante el consejo de guerra a todo falso guardia nacional introducido en sus filas.

Al día siguiente apareció en el *Diario Oficial* la institución de un consejo de guerra elegido por cada legión y de un consejo disciplinario elegido por cada batallón. Las sentencias pronunciadas por los consejos de guerra no eran ejecutorias sino después de la revisión de una comisión de siete individuos, elegida por suerte entre los miembros del consejo de guerra; las penas capitales habían de ser refrendadas por la comisión ejecutiva.

Con el decreto sobre los rehenes, inserto en el *Oficial* del 6 de abril, se relaciona la institución del jurado de acusación que había de estatuir en el término de cuarenta y ocho horas sobre la suerte de toda persona acusada de complicidad con el gobierno de Versalles y de todo prisionero de guerra hecho por los federales. El jurado de acusación había de ser elegido entre los delegados de la guardia nacional. Ante él hubieran debido comparecer el arzobispo, el cura párroco de la Magdalena, los desgraciados Bonjean y Chaudey y todos los rehenes; pero no llegó a constituirse.

La Commune, que se había apropiado también una jurisdicción criminal, puso en acusación a los señores Thiers, Julio Favre, Julio Simón y Picard y al almirante Pothuau el 2 de abril; juzgó y puso en libertad a dos de sus miembros, los generales Bergeret y Cluseret, y aceptó, después de una información dirigida por Raúl Rigault, la dimisión de Panille, apodado Blanchet, que había hecho bancarrota.

El consejo de guerra, única jurisdicción que funcionó a menudo, fué creada el 16 de abril, a instancias de Cluseret, y la presidió Rossel. Dos días después condenó ya a muerte al jefe del 74.º batallón, por haberse negado a marchar al enemigo; pero la primera comisión ejecutiva conmutó su pena. Como otra sentencia, pronunciada el 22 de abril por el consejo de guerra, fué casada por una comisión nombrada especialmente por la Commune, Rossel dimitió el cargo de presidente y fué reemplazado por el coronel Gois. Rossel estimaba

que el consejo de guerra no había de pronunciar más que sentencias de muerte, y no pronunció más que una que no fué ejecutada. La Commune, confundiendo en ella todos los poderes, se reservaba el derecho de pronunciar la comparecencia ante los tribunales militares y sus miembros constituían y presidían tribunales marciales, cuyas sentencias eran perfectamente ejecutadas.

Los empleados de la policía judicial de la Commune, su fiscal Raul Rigault, los cuatro suplentes Ferré, Dacosta, Martinville y Huguenot; el delegado en la Seguridad general, Th. Ferré, en substitución de Courmet, cargaron justamente con la responsabilidad de los crímenes cometidos durante la última semana y que excedieron en horror a los asesinatos del 18 de marzo y las descargas con feroces inconsciencia ordenadas, en la noche del 18 al 19 de marzo, por Ganier d'Abin, el «general» comandante de las fuerzas de Montmartre. No detallaremos las matanzas perpetradas en las cárceles y en la calle de Haxo, como no referimos en detalle el martirio de los generales Lecomte y Thomas. Todas las víctimas, así las más oscuras como las más ilustres, supieron morir. De los verdugos, uno fué fusilado en la calle de Gay-Lussac, durante la lucha, y otro en la meseta de Satory, después de haber sido juzgado por el consejo de guerra.

El juicio definitivo sobre la Commune hay que buscarlo en sus propios miembros, actores o partidarios. En su número del 25 de abril, el periódico *La Commune*, que redactaban Duchène, Delimal y Milliere, se expresa de este modo: «Los idealistas... llegaron al poder... sin pensar que el papel de los gobernantes consiste, no en redactar la Constitución del año 2000 o el Símbolo de los Apóstoles, sino en agrupar las medidas, las resoluciones exigidas por la situación día por día. Por esto sus actos se hallan en discordancia creciente entre sí y con sus principios... La confusión reina en todas partes... Destrucción de la guillotina por el pueblo y mantenimiento de la pena de muerte por el consejo comunal... Jamás poder alguno reunió en tan corto tiempo semejante cúmulo de contradicciones... Esa multiplicidad de conciencias: jacobinos, hebertistas, comunistas, colectivistas, individualistas, federalistas y unitarios engendra la confusión y el desconcierto... Hay para comprometer el principio (el de la emancipación municipal) para más de un siglo.»

Rossel, si cabe, es aún menos indulgente. «La Commune, dice en sus *Papeles póstumos*, carecía de hombres de Estado y de militares, y no podía tenerlos. En torno de ella acumulaba ruinas, sin tener la fuerza ni siquiera el deseo de crear de nuevo... Enemiga de la publicidad, porque tenía conciencia de su insensatez; enemiga de la libertad, porque se hallaba en un equilibrio inestable, del cual todo movimiento había de hacerla caer, aquella oligarquía era el despotismo más odioso que se pueda imaginar. No teniendo más que un procedimiento de gobierno, que consistía en tener al pueblo a sueldo, arruinaba con sus gastos los ahorros de la democracia y arruinaba sus esperanzas, porque hacía perder al pueblo la costumbre del trabajo.»

La Commune reemplazaba el trabajo, que había suspendido o arruinado, con la paga y con los espectáculos cada día renovados, como la fiesta de la bandera roja (29 de marzo), el incendio de la guillotina, el desfi-

le de los francmasones desde la Casa consistorial hasta las murallas y la plantación de sus estandartes en las fortificaciones; los entierros solemnes de las víctimas, muy raras, del cañoneo versallés, una escena de Herculano (17 de mayo) después de la explosión de la avenida Rapp y, finalmente, los abominables cuadros vivos de la última semana.

Angustioso era el espectáculo que ofrecía París en la semana que precedió a la entrada de los versalleses. La tristeza se hallaba impresa en todos los semblantes. Los guardias nacionales se dirigían con aire sombrío a los muros o a las avanzadas, con la manta liada al cuerpo



El general de Aurelle de Paladines

y el pan ensartado en la bayoneta. Las mujeres, que fueron atroces en aquellos días de locura, les acompañaban excitándoles a la venganza. Los muchachos, con voz aguda, pregonaban los títulos de los pocos periódicos que la Commune no había suprimido, o la caída de la columna Vendome, a la destrucción de la casa de Thiers, o inverosímiles victorias. Algunos transeúntes, principalmente los viejos, sintiendo venir la agonía, se preguntaban con ansiedad cuántas lágrimas y cuánta sangre costaría la liberación. Y en las calles, silenciosas después del paso de las tropas, resonaba a cada instante el insoportable galope de los jinetes de circo, convertidos en edecanes, lo que quitaba a la desgraciada ciudad el aire de duelo que le hubiera cuadrado, antes de las grandes catástrofes que se aproximaban.

## X

Antes de referir el duelo entablado entre París y Versalles, veamos la parte que en él tomó el país, más bien testigo que actor, y la manera cómo el gobierno de Thiers se aseguró la victoria.

En 18 de marzo de 1871, se vió por vez primera una revolución parisiense casi sin repercusión en el resto de Francia. El telégrafo, que transmitió la noticia a todos

los departamentos y a todos los municipios, no les comunicó los nombres de los nuevos amos. Hasta en las grandes capitales, exceptuando a Lyon, Saint-Etienne, Marsella, Narbona, Tolosa y Limoges, los republicanos avanzados se preocupaban menos de los destinos del comité central que de los de la República, como les interesaban menos los proyectos de la *Commune* que los del gobierno de Versalles.

Una tercera parte de los departamentos continuaban soportando la carga de la invasión, y los demás, seguros ya de la paz, no veían, en el triunfo de la *Commune*, sino el justo castigo de las faltas cometidas por el gobierno y de los sentimientos reaccionarios manifestados por la asamblea nacional. Así como los parisienses reprochaban al gobierno su huida precipitada y a la asamblea sus tendencias monárquicas, los habitantes de las provincias contemplaban con verdadera indiferencia una lucha que, al principio, no parecía haber de degenerar en guerra civil. Los poderes constituidos y los cuerpos electivos enviaban adhesiones a Versalles, pero la generalidad de las masas era poco menos que hostil y, en las grandes poblaciones como en los principales periódicos republicanos, apenas se disimulaban las simpatías por la *Commune*. Cuando el ministro del Interior, Ernesto Picard, hubo estimulado a los prefectos para que favoreciesen los alistamientos voluntarios, nadie respondió al llamamiento y apenas se pudo formar y agregar al ejército un pequeño cuerpo compuesto de voluntarios de los departamentos del Sena y del Sena y Oise. ¡Qué diferencia con lo que había ocurrido en 1848, en que gran parte de Francia marchó en defensa de la sociedad amenazada por los insurrectos de Junio!

Además de que los insurrectos de marzo de 1871 parecían menos amenazadores que los de 1848, la opinión, perturbada por las profundas sacudidas que había recibido, parecía como adormecida y, aun en los centros mejor preparados para un levantamiento de la demagogia, las masas permanecieron neutrales. Lyon, Saint-Etienne, Marsella, Narbona, Tolosa, Burdeos y Limoges recibieron emisarios del comité central ó de la *Commune*; Ruán, donde la Internacional había sido organizada por Aubry, estuvo en comunicación con los insurrectos parisienses; muchas otras poblaciones fueron teatro de algunos trastornos pronto reprimidos y todas oyeron declamaciones que no encontraron eco. La *Información* prescrita por la asamblea fué la que dió más tarde a estos desórdenes una importancia y una extensión que no tuvieron en ninguna parte, excepción hecha de Tolosa y Marsella.

El 4 de abril, después de algunas horas de combate, el general Espivent tomó Marsella a la insurrección cuya señal había sido dada por Megy, Lamouroux y Landeck, ayudados por Chauvin y Gastón Cremieux. Pocos días antes, Keratry había puesto fácilmente fin a la dictadura de Duportal en Tolosa. Sólo en estas dos ciudades la *Commune* había sido proclamada y soportada. En otras hubo crímenes de derecho común, pero no movimiento político propiamente dicho. El prefecto del Alto Loira, Enrique de l'Espée, fué asesinado en Saint-Etienne y el coronel del 4.º de coraceros, Sr. Billel, lo fué en Limoges.

El federalismo de varias ciudades meridionales, con sus crímenes odiosos, influyó poco en la opinión. En

las elecciones municipales del 30 de abril, los republicanos obtuvieron mayorías inesperadas en las ciudades, numerosos triunfos en los pueblos y el jefe del poder ejecutivo tuvo que contestar a muchas diputaciones municipales que iban a pedir el mantenimiento de la República y la conciliación, es decir, la conclusión de la paz entre Versalles y París, que las diputaciones ponían exactamente a la misma altura, y puede afirmarse que en Francia, antes de los incendios y los crímenes de la última semana, la inmensa mayoría pensaba como estos delegados.

El espectáculo que los alcaldes ó los concejales de provincias, enviados en comisión, presenciaban en Versalles no era de tal naturaleza que les hiciese prever una próxima lucha a todo trance. Cierta es que veían en la plaza de Armas y en las principales avenidas baterías de artillería, tiendas, soldados, todo un aparato de guerra. Pero la ciudad, sin embargo, nunca había estado tan animada y alegre. Todas las administraciones habían sido trasladadas allí en seguimiento del gobierno, y tras las administraciones todos los que esperaban algún favor del poder, todos los que se habían visto amenazados de alistamiento forzoso por la *Commune*, todos los literatos, todos los artistas, la gente de teatro, los desocupados y una multitud de pretendientes. Las cenas, las fiestas, las recepciones eran tan frecuentes como en París en los días más tranquilos.

Desde primeros de abril, interminables partidas de prisioneros eran conducidas, por las anchas vías que convergen en Versalles, a Satory, a la Orangerie, a las cárceles ó a los cuarteles convertidos en prisiones. Estas partidas, compuestas de hombres de toda edad y a veces de mujeres y niños, eran ultrajadas por la muchedumbre en que abundaban las mujeres; y éstas no eran las menos ardientes en insultar, y en golpear a veces, a las tristes víctimas de la lucha. Estas repugnantes exhibiciones alternaban con espectáculos más confortantes. Al día siguiente de cada combate una delegación del ejército victorioso, con los tambores guarnecidos de espino blanco, con los cañones tomados al enemigo y los fusiles adornados con ramos de lila, se detenía delante de la Prefectura y Thiers les prodigaba calurosas felicitaciones. De allí se dirigían al patio de mármol, donde era recibida por los individuos que constituían la mesa de la asamblea, cuyo presidente, Sr. Grevy, ó cualquiera de sus vicepresidentes, en nombre de la representación nacional, daba las gracias a oficiales y soldados por los servicios que habían prestado a Francia. Por la noche, la muchedumbre acudía a las alturas de Clagny, desde donde seguía con la vista el surco luminoso trazado por los proyectiles que iban a caer en los muros de París.

La asamblea nacional había reanudado sus sesiones en Versalles el 20 de marzo, y, el mismo día, con el objeto de asegurar la acción común de la asamblea misma y del poder ejecutivo, había nombrado una comisión civil y militar, compuesta de quince miembros, provista de amplios poderes, dispuesta a intervenir en todos los asuntos y a invadir las atribuciones del poder ejecutivo, comisión que complicó singularmente la tarea de Thiers. Milagro fué que un anciano de setenta y cuatro años pudiese soportar el peso de tanto trabajo. En medio de su desgracia, Francia tuvo la inesperada suerte de tener

por jefe al único hombre capaz de sacarla del abismo en que la habían sumido las faltas del imperio y las desdichas de la Defensa nacional. Desde el 20 hasta el 29 de marzo se halla constantemente en la brecha; no hay sesión en que él no suba a la tribuna y pronuncie uno, dos, tres, hasta cuatro discursos, juzgando serenamente la situación, fijando las responsabilidades con notable imparcialidad, tranquilizando a amigos y adversarios sobre sus intenciones ulteriores é inspirando a todos la confianza que él tenía en la victoria final. Otros grandes oradores, como Julio Favre, tomaron la palabra en aquellas críticas circunstancias; ninguno fué impecable como Thiers; ninguno conservó tan bien como él el sentimiento perfecto de la realidad de las cosas.

En la sesión del 21 de marzo, la asamblea nacional se comprometió a reconstituir las administraciones municipales de los departamentos y de París sobre la base de los consejos elegidos.

La cuestión resurgió dos días después bajo otra forma. Algunos alcaldes y tenientes de alcalde de París se presentaron en una tribuna de la asamblea, revestidos de sus insignias, y la izquierda les hizo una ruidosa ovación que irritó mucho a la derecha. Uno de aquellos alcaldes, el Sr. Arnaud de l'Ariege, que era al mismo tiempo diputado, pidió a la asamblea que se pusiese en comunicación permanente con los alcaldes de París, que les autorizase para tomar todas las medidas necesarias, que fijase para el 28 de marzo la elección del general en jefe de la guardia nacional, que señalase para una fecha muy próxima la elección del consejo municipal, que redujese a seis meses la duración de la residencia para la elegibilidad municipal y que hiciese nombrar por elección los alcaldes y los tenientes de alcalde de los veinte distritos de París. La asamblea dió una prueba evidente de buena voluntad concediendo el beneficio de la urgencia a esta proposición. Nombró al día siguiente la comisión encargada de estudiarla y que había de presentar su dictamen en una sesión extraordinaria acordada para la noche del mismo día. Antes de la apertura de la sesión, Thiers hizo comprender al ponente, Sr. de Peyramont, que la adopción de la proposición Arnaud de l'Ariege ofrecía serios peligros. En la sesión, el jefe del poder ejecutivo subió a la tribuna para negar la discusión. «Las aclaraciones, en este momento, serían muy peligrosas, dijo Thiers... Pudiera ser que una frase poco feliz, dicha sin mala intención, hiciese correr torrentes de sangre.» ¿Qué había pasado para que un hombre tan dueño de su palabra temiese a tal extremo la discusión? La irritación de la derecha y su impaciencia a causa de las negociaciones entabladas con los alcaldes de París y con los delegados del comité central habían ido en aumento, y el eco de aquella irritación y de aquella impaciencia había repercutido en la Casa consistorial de París destruyendo el efecto producido por el voto de la urgencia. Thiers no quería que una palabra inoportuna, pronunciada en la discusión de la noche, se añadiese a las frases que aquel mismo día se habían proferido en los pasillos, relativamente a la elección de un nuevo jefe del poder ejecutivo.

Al día siguiente, 25 de marzo, Arnaud de l'Ariege retiró su proposición, y, el 26, París eligió su *Commune* en las condiciones que hemos referido. El 27, Luis Blanc y doce diputados de la circunscripción del Sena

solicitaron de la asamblea una especie de *satisfecit* para los tenientes de alcalde, ó sea la declaración de que éstos habían obrado como buenos ciudadanos haciendo proceder a las elecciones. La comisión dictaminó que la proposición de Luis Blanc no fuese tomada en consideración. Thiers apoyó estas conclusiones en un gran discurso lleno de declaraciones importantes que, sin disgustar a nadie, respondían a la vez a los parisienses que temían por la República y a los versalleses que temblaban por la Monarquía. Este discurso de 27 de marzo era como una reproducción del *Pacto de Burdeos*, en circunstancias mucho más graves.

Después de haber afirmado que «sería respetada la ley,» Thiers hizo estas solemnes declaraciones: «Afirmo que no haremos traición a ningún partido, que contra ningún partido se preparará ninguna solución fraudulenta. Ni yo ni mis colegas tratamos de precipitar nada, ó mejor dicho, no tratamos de precipitar más que una cosa, la convalecencia y la salud de nuestro querido país. Hay enemigos del orden que dicen que nos preparamos para derribar a la República. Les doy un mentís formal. Esos mienten a Francia. Esos quieren turbarla y agitarla, hablando así. Hemos encontrado la República establecida, como un hecho de que no somos autores; pero yo no destruiré la forma del gobierno de que me sirvo ahora para restablecer el orden. No haré traición a los unos ni a los otros; lo juro ante Dios. ¿Sabéis a quién pertenecerá la victoria? Al más sensato.»

Estas frases, tan prudentes y oportunas como breves, fueron coronadas con un pasaje grandilocuente sobre la grandeza inmortal de Francia. Y este discurso era pronunciado después de un día de prodigiosa labor, en plena reconstitución del ejército, cuando las poblaciones meridionales se agitaban, cuando París preparaba su salida en masa y su formidable resistencia, cuando el vencedor multiplicaba las exigencias y retrasaba la evacuación, cuando los defensores más comprometidos del imperio caído aumentaban, con su vuelta a Francia, las dificultades.

En 29 de marzo, Thiers hizo desestimar la petición relativa al nombramiento de una comisión para activar la evacuación del territorio. En abril, el jefe del poder ejecutivo subió con menos frecuencia a la tribuna. Sólo citaremos aquí su intervención en los días 3, 8 y 28. El 3, durante una comunicación sobre los combates que se habían librado por la mañana, afirmó Thiers que la clemencia del gobierno legal no faltaría a los que quisieran deponer las armas. El día 8, hizo que la asamblea volviese sobre su voto relativo a la ley municipal, amenazándola con presentar su dimisión, de un modo tan brusco que dejó vivos rencores entre sus adversarios. El día 28, interrumpió una discusión sobre la revisión de los servicios públicos, para dirigir elocuentes y patrióticas palabras a la asamblea, ó mejor dicho, a Francia, en vísperas de las elecciones municipales. En este notabilísimo discurso hizo un grande elogio del ejército; renovó las solemnes declaraciones hechas, un mes antes, sobre la forma definitiva que convenía dar al gobierno; afirmó una vez más que no permanecería un minuto en el poder sin la confianza absoluta de sus colegas; puso de manifiesto el «odioso despotismo» del gobierno insurreccional, contra el cual los soldados del